

PARTE UNO

Capítulo I.

Rosalía me saludó cuando nos cruzamos en la parada del autobús. Sonrió, como habitualmente, mostrándome su preciosa sonrisa, pero gritó de pánico con los ojos. Yo presentí un desastre aunque sabía que la tensión la comprimía. Comprendía que estaría harta de tener una vida en un lugar y más tarde en otro. Comía en casa, cenaba en casa, hablaba con sus padres desde casa pero, a medianoche, se iba con Pino a dormir su vida a otro lugar.

Casi desde el primer día que pisé casa Ruglioni, las dos hermanas -Rosalía y Mariolina- me pusieron al corriente de la vida en esa, llamémosla, residencia. Que la cocina era un poco cochambrosa, saltaba a la vista. Que la señora Ruglioni chocheaba y era bastante despistada y sorda, era obvio. Pero que Rosalía y Pino llevaban quince años juntos sin saberlo los padres de ésta, era algo alucinante. Como la familia vivía en Calabria, en el sur de Italia, y casa Ruglioni estaba en Florencia, en el centro-norte del país, la pareja no tuvo demasiados problemas en ocultarlo. Sin embargo, fingir durante quince felices años de noviazgo significó pasar también por quince angustiosos años de mentiras.

Aunque la costumbre ni siquiera parecía ya obligación con tal de estar juntos, a esas alturas de la relación todo resultaba excesivo. Rosalía y Pino habían decidido poner fin a la pantomima. Hablarían con los padres de ella. Querían que supiesen que lo único importante era su amor y no necesitaban el beneplácito familiar para compartir su vida.

Claro, que una mentira amasada durante tantos años sería muy difícil de digerir, y en esto tenía problemas el padre de mi compañera. Sólo por él comenzó esta comedia: la representación de una vida que nunca existió. Desde el inicio de la relación, el padre le prohibió amar a Pino. Su lista de porqués era larga: porque era un chico sin muchos estudios, porque el destino le dejó dos veces huérfano y porque se las tuvo que apañar para sacar adelante a su familia. Y es que, cuando todos los chavales estudiaban, él “trabajaba”. ¡Tremenda palabra! Y luego, se divertía como cualquier chico de su edad. O sea, cogía la moto, se tomaba unas cervezas con los amigos y quedaba con “su rubia”. Aunque, su melena enroscada y larga rebelándose a la tradición del pequeño pueblo

calabrés fue determinante para que el padre decretase el fin de sus flirteos con Rosalía. La hija de un carabinero no podía amar a un “pintas”. Ella, no. Estudiaría una carrera y se casaría con un hombre con porvenir, como el que ella tendría un día, decretó.

Pero el destino le salió burlón al carabinero y ayudó a unir a la pareja en Florencia, lejos de su control físico aunque no mental. Porque Ros seguía sufriendo. Su amor treintañero había podido nutrirse en ese tiempo de una sociedad bien distinta a la que les engendró, más cercana al pragmatismo del norte que a la tópica ceguera temperamental del sur, sin embargo, revelar su compromiso seguía siendo su tormento. Y es que, el momento se percibía cargado de violencia. Si el anuncio heriría a sus padres, a quienes adoraba pero se negaba a obedecer, también sería, en el más escueto sentido de la palabra, peligroso. La casi total seguridad de terminar el anuncio en tragedia se había enquistado en la atmósfera de casa Ruglioni porque el padre no entendería nada de nada. Él era el *capo* de la familia que todo controló y todo controlaría. Su jornada de militar jamás había terminado en la puerta principal del hogar, sino que se prolongaba para ejercer los mandos con su propia familia. ¡Y encima de calabrés, carabinero!, como se dice en Italia.

Rosalía, la mayor de las hijas, siempre figuraba como la primogénita perfecta. Responsable y estudiosa sería la mujer ideal cuando terminase su carrera de Medicina que, hasta sus treinta y dos años, le había retenido en Florencia. Pero el momento de doctorarse había llegado. Al menos, eso había contado a sus padres, si bien la realidad era otra. En esos últimos días de noviembre ella debía encontrar el valor y la manera de desenmascarar unos quince años fingidos. Y la espera se hacía cada vez más angustiosa y pesada porque el terror al padre le impedía razonar.

Yo, inquilina también de casa Ruglioni mientras frecuentaba un curso de italiano en la facultad, participaba del nerviosismo y la incertidumbre general, sobre todo, a través de las largas conversaciones mantenidas con Mariolina. Ella, mucho más comunicativa que su hermana, tenía miedo a las reprimendas de sus padres que le vendrían encima por haberles ocultado su conocimiento de esta relación. Y la vida de Mariolina ya había sido demasiado complicada. Sin embargo, Rosalía no hablaba del asunto. Más aún, parecía, dentro de la lógica preocupación, bastante segura de su decisión. Bromeaba, reía y conversaba con nosotros como si nada sucediera. Ni siquiera en los momentos de angustia olvidaba darnos una sonrisa. Todos sabíamos

que usaba la máscara del optimismo. Pero nunca pudimos imaginar cómo esa máscara se despedazaba dentro de ella.

Había trazado un plan. Haría venir a sus padres a Florencia, el martes de la semana entrante, con la excusa de celebrar su doctorado. Para Beppo y Sara, esa gratificante noticia significaría el principio del fin de una manutención y una inyección de orgullo para su apellido. Significaría que los Massini lo habían hecho bien, que habían conducido a su hija por el buen camino y ella se había mantenido fiel y constante en su meta por “ser alguien”. Sin embargo, ese día Rosalía les comunicaría que nada de lo que durante años les había contado era cierto.

En realidad, desde hacía dos años había abandonado sus estudios. Pagaba matrículas de asignaturas a las que acudía rara vez, se ponía ante sus libros de carrera para disimular ante su hermana, mantenía contactos de la facultad para no levantar sospechas, hablaba de exámenes en casa... pero todo era mentira. Nunca sería doctora en Medicina. Esta última realidad, que Pino incluso ignoraba, sería suficiente para congelar la sangre a sus padres y que ese mismo hielo arañase su orgullo y sus entrañas. Sin embargo, nada resultaría tan glacial como la revelación del noviazgo escondido. Con eso harían una escultura de hielo a la infidelidad de su hija y la expondrían en el centro de su pueblo meridional para que todos la vieran.

Después de vivir tantos años en la más absoluta mentira, yo no llegué más lejos de imaginar que, en el peor de los casos, la relación con sus padres se destruiría. Pero Mariolina tenía demasiado miedo. Sólo las hermanas conocían las reacciones del padre y contaban incluso con la posibilidad de que se suicidase al oír la noticia o, peor aún, que intentase matar a Pino. Para él, no servirían los argumentos. Años atrás se había negado a que su hijo mayor contrajera matrimonio con una mujer que no era de su aprobación. Desde entonces, inició una solitaria e infructuosa campaña en su contra que, no obstante, no impidió que esa boda se celebrase. Y de esa unión surgió su nieto, su primer y único nieto, al que siempre se negó a conocer. El pequeño fue rechazado por ser el producto de una desobediencia, de una rebelión. Hasta ahí aplicaba su cerrazón.

Beppo sintió que sus vástagos le dejaron solo en esta empresa absurda y ajena. Y en la encrucijada de respetar la elección de su hijo Francesco o seguir la superioridad de su orgullo, el

carabiniero optó por repudiarle. Entre ellos, decidió que el hombre verdadero era él, y cortó toda relación con su primogénito. Beppo Massini era el cabeza de familia que todo debía manejar. Cada decisión familiar debía ser tomada únicamente por él. Era curioso imaginar cómo un déspota semejante tenía, no obstante, unos hijos tan diferentes cuando siempre habían vivido en las fauces de su tiranía. Y entre sus garras, la esposa recibía sumisamente de él todas las culpas. Sara callaba y aceptaba; sufría.

Beppo y Sara habían tenido cuatro hijos: doble pareja en orden capicúa. A los extremos, dos varones: el mayor era Francesco y el pequeño Gianfranco. Ambos, en su día, continuarían la profesión del padre, que era la misma que aún eligen muchos hombres del sur para salir del terruño.

Entre los carabinieri, Rosalía y Mariolina completaban el mosaico familiar. Cuatro hijos en total que Beppo debía mantener con su ajustado sueldo de policía militar. Cuatro bocas que alimentar y cuerpos que vestir y mentes que instruir. Cuatro menos uno. Es decir, tres, pues la obstinación de Mariolina a no terminarse lo que tenía en el plato le sirvió a la hermana de Beppo, que no podía concebir hijos, como excusa para reclamar lo que la naturaleza no la podría dar y satisfacer así su instinto maternal. Fue entonces cuando Mariolina, con su mirada azul de dos años, su ingenuidad infantil y su cuerpo extremadamente delgado, fue a parar a casa de sus tíos, a varias horas de distancia de la casa paterna.

Ciertamente, el acuerdo no se anunció como una cesión que duraría toda la vida y que se quedaría encallado en el corazón de Mariolina como un arpón. Empezó como un experimento iniciado durante las segundas vacaciones estivales de la infancia de mi amiga y se fue consolidando a medida que la pequeña ganaba peso. Para ello, la tía fue descargando a Beppo y Sara de la carga de ser padres con tiempos de entrega cada vez más largos y dilatados, pero siempre con buenos resultados. En kilos.

Dos años duró la transacción. En este tiempo, Mariolina aprendió a confundirse con sus papás y mamás, que se le liaban y le ponían zancadillas angustiosamente. Fue entonces cuando Beppo y Sara reclamaron lo que nunca habrían tenido que donar. Y fue cuando lo perdieron. Dejaron de

ser gentiles para la tía y se convirtieron en unos “tremendos egoístas” por tener cuatro hijos ¡y ella sin ninguno que cuidar y amar...! ¡Ellos, tan egoístas! Así que, no la costó consolidar la última etapa de su plan. Insistió para que le cediesen uno y, según su juicio, Mariolina ya podía prescindir de sus progenitores. Ya le había acostumbrado a vivir sin ellos. La niña no sabía que lo haría por el resto de su infancia, su adolescencia y juventud. Desde entonces, su convivencia impuesta siempre estuvo teñida de incertidumbre en sus afectos. Aunque sus tíos nunca dejaron de merecer su respeto. Sin embargo, el orden natural no tendría que haber sido ése. Los cuatro adultos alteraron su vida.

En su casa paterna, ella era Mariolina, pero no su hija. Cuando en vacaciones iba de visita, no tenía una habitación, no le aguardaba ningún rincón especialmente suyo. Las huellas de su existencia originada en ese lugar habían sido borradas. Incluso sus fotos eran escasas, menos que las que se esparcían en el salón con el retrato de sus hermanos. Esto, en concreto, era una exigencia expresa de su tía. Mariolina no debía encontrar tantos recuerdos como en su casa habitual, la adoptiva. Ésa era ya su verdadero hogar. Allí tenía su propio cuarto, conocían sus cambios de humor, sus aventuras en la escuela y todas las mutaciones que experimenta una niña mientras crece. Por tanto, los tíos eran siempre papá y mamá, excepto delante de Beppo y Sara. Entonces, Mariolina tenía que teñir con un deje diverso de afecto sus papás y mamás o confundirse con las jerarquías entre las dos familias. Y encima, ninguno queda aún satisfecho con el término elegido por ella.

- ¿Quién es esta niña? ¿Es vuestra prima? -preguntaban a menudo los curiosos a los tres hermanos cuando Mariolina iba de visita al hogar biológico.

- Sí, es mi prima - contestó Gianni una vez, ya que, a su corta edad aún no había entendido bien el apaño. Seguramente le pareció más lógico pensar en ella como su prima pues los hermanos no van de visita con sus tíos a casa de sus padres.

- No, Gianfranco -dijo Rosalía al pequeño-. ¡Mariolina es tu hermana!

Fueron palabras mayores desveladas a dos críos estupefactos ante la realidad con la que convivían. Para él, porque había descubierto una hermana, y para ella, porque él no sabía que lo eran. Y esto aún no lo ha conseguido olvidar Mariolina. Igual que no ha podido borrar el haber

estado sometida a dos autoridades. Dos padres y dos madres a quienes consultar, y alineados en dos frentes de guerra con sus propios líderes: su tía y Beppo. Sara y el tío Mario actuaban sólo como meras marionetas de las advenedizas y contradictorias prohibiciones del patriarca y su hermana, me contó mi amiga. Pero, sobre todo, Beppo nunca, nunca consentía.

Como un buen soldado, Marco debía informar a su cuñado hasta el último de los pormenores de su hija compartida. Si no, ¡cuidado con olvidar mencionarle en sus llamadas diarias que Mariolina había planeado ir con sus amigos de siempre al rincón de costumbre de la playa o que ese día la niña había acudido al dentista! La patria potestad había sido concebida por el carabiniere como un negocio en el que él era el único capitalista y beneficiario, mientras Marco era el empleado fiel cuyo beneficio no era otro que el afecto de la niña.

No, este campo de conflicto de intereses no lograba olvidarlo Mariolina, sobre todo porque entonces las minas comenzaban a estallar. Ella intentaba sortearlas con la mejor de las estrategias pero, al final, siempre corría el riesgo de que el artefacto explotara y la hiriera. Cuatro adultos manejaron el afecto de una cría obligándola a respetar sus normas y hoy, los mismos artífices se culpan los unos a los otros por el apañío y atosigan a Mariolina para que se incluya en uno u otro escuadrón.

Diría la moraleja que no hay que jugar con el hueso que el perro, por hambre, siempre irá a buscar porque un día, cansado de que se burlen de su necesidad, arrancará la mano que, no obstante, le dio de comer.

El ansia de amar es tramposa, es egoísta y mezquina. Su voracidad no atiende a razón y olvida que en un momento sólo anhelaba un pedazo de amor. Se hizo el milagro y lo consiguió. Pero, ahora, su miedo y codicia le dicen que esconda ese afecto logrado para que nadie se lo robe. Y el ansia de amar cava un profundo y oscuro agujero para que ni siquiera la luz lo encuentre. Para que ni siquiera ese amor respire.

Mariolina sufría entre tanta confusión pero ni unos ni otros le aclaraban sus sentimientos. En el puesto que le habían designado, materialmente salía ganando respecto a sus hermanos. Siendo

hija única todo era para ella pero cuando veía a Francesco, Gianfranco y Rosalía se sentía carente de amor. Le faltaba su cariño, construido cada día con las riñas y las risas compartidas, y por él tuvo que luchar teniendo en su contra una cierta envidia que no era sino un desorden de sus maleados sentimientos. Sentía que la casa de sus hermanos le era denegada como la morada estable y, sin embargo, seguía aferrándose a la idea de regresar definitivamente un año tras otro.

Un año tras otro se ilusionaba con volver a su casa legítima y año tras año se desilusionaba cuando le decían que era sólo “un capricho más”. Querer vivir con sus padres y hermanos era “un capricho más”. Nunca le confirmaron lo que ya era evidente. El retorno que ella anhelaba nunca llegó pero, la vida, que es sabia, o al menos así lo queremos creer, alejó a mi amiga de la casa de sus tíos para darle la oportunidad de acercarse de otro modo a su hogar biológico. Aún así en la distancia.

Con veinte años cumplidos, Mariolina decidió comenzar sus estudios de Botánica lejos de sus “familias” de Calabria. La elección de la universidad nació ya condicionada por los padres y los tíos, que no permitieron que se alejara más de lo imprescindible. Pero Rosalía ya había roto una distancia y marcado una barrera yéndose años antes a estudiar a Florencia. Mariolina sólo tuvo que seguirla. Al fin y al cabo, allí tenía a su hermana. Rosalía le encontró un sitio en casa Ruglioni y comenzaron, por vez primera, a compartir sus vidas en la misma habitación.

Fue con las llamadas diarias a su hija mayor, cuando Beppo y Sara se enfrentaron con esa parte de su pasado crecido que no sabían reconocer porque durante demasiado tiempo había sido alimentado por otros. A través del teléfono, les sorprendió de nuevo la paternidad, y volvieron a dejarla escapar. Porque en las llamadas que cada noche efectuaban religiosamente a casa Ruglioni, la pareja siempre prefirió hablar “urgentemente” con su hija Rosalía. Ni Beppo ni Sara sabían qué contar a Mariolina. Por eso, la evitaban. Aplazaban la conversación para otro día, y de ése a otro, y después al siguiente, al posterior... Así hasta que se atrevían a reclamar calculadamente la presencia al teléfono de su otra hija. Junto a Rosalía, ella se creía por fin más cerca de su hogar. Me refirió una vez que jamás lo había estado tanto como cuando llegó a Florencia. Se equivocaba. La distancia que marca el corazón no se estrecha con una llamada.

PARTE DOS

Capítulo I.

Me desperecé de esa noche que tantos recuerdos me había dejado. Desperté aún con el sabor de los besos de Aldo, los primeros y últimos besos perdidos en otra ciudad, en Génova. Allí fuimos a reencontrar una antigua amistad que durante años mantuvimos por carta, el retrato de un flirteo juvenil que se inició durante unas vacaciones en Cádiz, y allí hallamos su huella o, tal vez, su ilusión. Pero qué importaba si las sensaciones vividas fueron tan intensas como la mejor de las historias. Quién sabe si el tiempo nos arrastró a ello, pues soplaban un viento arrollador de esos que te empujan siempre hacia donde no quieres ir, dirigiendo tus pasos a su capricho. Se metía por cada orificio de la piel y se divertía haciéndonos volar, removiéndonos los cabellos y elevándonos los abrigos para que nosotros nos ciéramos en un indivisible abrazo, obligándonos a burlar a cada paso el aire y el frío.

Pero ése era ya otro día y del anterior sólo sentía un amasijo de sensaciones inciertas, aunque hermosas, y el recuerdo de Génova reflejado dolorosamente en cada miembro de mi cuerpo. El viento me había dejado completamente destrozada y me dolía incluso controlar el movimiento de mis músculos en el estrecho colchón sobre el que dormía.

El ajetreo de la casa me hizo comprender que debía ser un poco tarde pues ya todas mis compañeras estaban en casa. Lo confirmé mirando el despertador que no había sonado o yo no había oído. Así que, me quedé sin asistir a clase. Me levanté torpemente y, deambulando por la casa con mi desorden mental, conseguí llegar, sin percatarme del tiempo transcurrido, hasta la hora de comer. Parecía que esa mañana no era yo la única descolocada pues, todas, excepto Rosalía, que aún no había regresado a casa, trajinaban sin hacer realmente nada, e incluso, sin extrañarse por mi presencia. Estábamos poco comunicativas y ninguna en su lugar habitual.

Mariolina era la que pasaba casi todo el día en casa preparándose los exámenes. Las voces que traspasaban su puerta eran la prueba de que la primera convocatoria del curso tenía tensa a mi amiga. Recitaba en alto marcando el ritmo y la dicción mientras recorría incesantemente su habitación. De las entradas y salidas de Elisa -la nieta de Señora Ruglioni- nunca estábamos

demasiado al corriente, pues no paraba. Además, su dormitorio estaba en el extremo contrario a los nuestros, justo al lado de la puerta principal. Pero también esa mañana ella se hallaba en casa y, precisamente, sin recluirse bajo llave para estudiar, como de costumbre. Faenaba pensativa por la cocina, el área común que tan pocas veces visitaba. También Rita, mi enorme compañera de cuarto, rondaba por el piso cuando realmente debía estar en la facultad. Intercambié con ella un par de palabras sujetándome la cabeza que me pesaba y noté que también ella se había contagiado del ambiente cansino, anodino y plomizo que se respiraba.

Había una carga tremenda de apatía y recelo en cada espacio. Me lamenté del pésimo día que, involuntariamente, había elegido para quedarme. Yo tampoco me sentía demasiado optimista. Y presentí el motivo. La fecha que Rosalía se había impuesto para comunicar el asunto a sus padres olía a incidente. Pero mientras todas pensábamos en esos momentos en ella, Rosalía no estaba allí. Me sorprendió cómo esa tensión se había expandido por cada rincón de casa, enquistándose en la cocina, el alma de ese lugar, nuestro confesionario y guarida. No tenía pruebas contundentes pero sabía que, en mi ausencia, la noche anterior había sucedido algo durante la cena. Traté de verificarlo metiendo el oído en las palabras perdidas de mis compañeras, en sus miradas cruzadas, en sus gestos, pero no encontré nada revelador. Así que, opté por frenar mis pensamientos, cada una de las ideas que me abordaban y que dolorosamente me punzaban las sienes en el momento en que intentaba procesarlas en mi cerebro. Las retuve todas porque mi lamentable estado físico me asaltó con sus quejas.

En la cocina encontré a la Señora y a Elisa terminando de comer. Rita se había cocinado un poco de pasta -nunca demasiada- y en ese momento se estaba acomodando en la mesa que presenciaba la entrada de cada comensal. Junto a ella, Mariolina, con la mirada falsamente perdida en la pantalla de la tele, mientras sujetaba un cigarrillo con una mano y el vaso de vino con su nombre grabado en otra, se alzaba continua y nerviosamente de la silla. Yo, que me disponía a preparar unos macarrones con tomate, el típico plato de supervivencia, le pregunté extrañada si aún no había comido pues en casa Ruglioni siempre era yo la última en sentarse a la mesa, aún fiel al horario español. Me contestó distraídamente, y con un marcado tono de convicción en lo que decía, que estaba esperando a Rosalía y que ya no podía tardar más. Sin embargo, su respuesta sonó a vana esperanza ya que Mariolina no paraba de revolverse en la silla y de entrar y salir de

la cocina preguntando al unísono dónde estaba su hermana. Quise creer que se preocupaba excesivamente porque llegaba tarde. Pero, en realidad, debí cambiar una palabra. Ésta era: por qué llegaba tarde Rosalía.

Todas estábamos perplejas por su comportamiento agitado y, aunque nos habíamos familiarizado con sus maneras impulsivas, tuvimos que intentar calmarla con comunes hipótesis sobre la tardanza de su hermana, pues estaba comenzando a tener un acceso de histeria. Aún no me he adentrado en el carácter de Mariolina, pero ella solía tender a la exageración. La Señora, normalmente ajena a todo lo que sucedía entre nosotras, tomó entonces el control de la situación con aplomo e intentó trivializar el retraso de su inquilina increpando a Mariolina con una familiaridad adquirida en tantos años de convivencia. Pero también ella se sentía inquieta. De todas las ideas que me acribillaban la cabeza, me aferré a las más optimistas, aunque comenzaba a sentirme culpable por pensar en llenar el estómago cuando, frente a mí, Mariolina estaba inmersa en una nube negra. Y, poco a poco, mi malestar se transformó finalmente en enfado porque entonces también yo empecé a preguntarme dónde diablos estaba Rosalía.

Mario -como la solíamos llamar- hizo una llamada de teléfono para confirmar que su hermana no se encontraba aún en casa de Pino. El teléfono sonó en el vacío. Nadie respondió. Así que, se metió en su habitación dejándonos en la cocina un silencio turbador. La Señora precisó que la noche anterior la situación había estado muy tensa entre las dos hermanas y Pino, que siempre cenaba con nosotras. Casi no se hablaron. Miraron la televisión mientras Ros hacía algún comentario falsamente alegre. ¡Ya sabéis lo de su máscara! Rita, hastiada, decidió irse pronto a la cama y la Señora Ruglioni tragó la cena tan rápido como pudo. Deseaba huir a su habitación. Me confesó, medio indignada, que tenía ganas de que terminase la pantomima pues llevaba doce años aguantándola. Aunque respaldaba a Rosalía, ya que conocía personalmente la intransigencia de sus padres, no soportaba que esta historia nunca llegara a un desenlace. Nadie podría reprocharle jamás haberse desentendido de esto porque fue ella su principal encubridora, incluso antes de que Mariolina llegara a Florencia para vivir en su casa, me dijo.

Siguió hablando y culpando a Ros por no telefonar a su hermana en el caso de que hubiera decidido cambiar de planes. “¡Sabe que se preocupa por ella, sobre todo en estos días!”, señaló.

Aunque su inquilina y ella mantenían una relación un tanto inflamada por la diferencia de edad, por las costumbres y rutina de la convivencia, la Señora Ada estaba al corriente de la tensión de Mario y de la posición que le tocaba afrontar. Efectivamente, resultaba natural y lógico que todas nos preocupáramos por el retraso de Ros. No cabía duda.

Y fue en ese instante cuando vislumbré un retazo de mi vida hospedado en el pasado de mi memoria. Eran unos ojos negros y profundos. Muy tristes. La visión no duró mucho. Justo unos segundos antes de conectar de nuevo con el presente y otro recuerdo reciente: la profunda mirada que se sumergió en la mía cuando la noche anterior salí del autobús. Rosalía. Fueron sus ojos los que penetraron en los míos. Yo había sentido antes esa mirada. Hace años. Aquella, oscura. Ésta, azul. Pero, ambas, encadenadas a una aciaga desesperación. Entonces paré mi corazón, que quería acelerarse en señal de un mal presagio, y lo ignoré. Preferí ignorarlo mientras me centraba metódicamente en lavar los platos, en cubrir con la espuma del estropajo cada milímetro de la vajilla, como si estuviera pintando, y en ver cómo las burbujas eran arrolladas por el agua antes de irse con ellas por el desagüe en una carrera imparable. El ruido que emitía, en esos momentos, me parecía sedante. Algo así como el rugido que yo no me atrevía a dar para desmadejar mi desconcierto.

Mariolina no sabía ya qué hacer para ahogar su impaciencia. Seguía entrando y saliendo de la cocina, moviendo sillas, bebiendo deditos de vino, agobiándonos con sus suspiros y sus lamentos, y tomando como rehén la calma de la casa, la poca que nos quedaba, para aguantar hasta que su hermana regresara. Pero no pudo sujetarse más. Se puso entonces su elegante abrigo color beige y dijo que se bajaba a comprar tabaco. Fumaba como una empedernida. Pero siempre lo hacía de noche, después de la cena. No nos dio tiempo a sentir su ausencia porque había conseguido volver el ambiente plomizo. Difícil de respirar. Y, entre inhalación y expiración de ese aire, volvió a casa. Un portazo tímido nos lo anunció. A pasos cortos, cabizbaja y abatida se encerró en su habitación antes de confesarme que no había encontrado a Rosalía en la parada del autobús. Fue éste el motivo por el que había bajado a la calle.

Casa Ruglioni se quedó recogida por unos instantes. Cada una eligió una estancia distinta para atrincherarse durante la espera. Parecía que las distintas cargas que acumulamos nos impedían

estar cerca para evitar una explosión. Yo estaba en el cuarto de baño con los pantalones bajados cuando oí sonar el teléfono. A la primera señal ninguna nos movimos del sitio. Yo lo tenía francamente difícil. Creo que a ellas se les encogió el corazón como a mí porque, cuando escuchamos a Mariolina abalanzarse sobre el aparato después de la segunda señal, sentí los pasos de ellas trotando por el pasillo y deteniéndose para escuchar la conversación. También yo me detuve para escuchar, aunque mi tarea era más difícil de interrumpir.

- ¿Dígame? ¡Gianni! ¿Por qué me llamas? ¿Qué pasa? -gritó Mariolina, alterada, a su hermano menor.

- ¿Que dónde está Rosalía? ¿Por qué? ¡Gianniiii! -Y éste fue el grito desgarrador que me hizo salir del cuarto de baño subiéndome a toda prisa los pantalones.

Me apresuré hacia el recibidor, que era donde estaba el teléfono, para intentar saber qué estaba sucediendo. Entorno a Mario estaban Elisa, Rita y la Señora, diminuta pero erguida ante las circunstancias. Le pedíamos que se tranquilizara pero ella cada vez se ponía más nerviosa. Estaba desprendiéndose de toda la tensión acumulada durante esos años y esas últimas horas de espera e incertidumbre.

- ¡Gianni! -volvió a gritar- ¿Qué le ha pasado a Ros? ¡Dímelo! ¿Qué le ha pasado a Ros? -y clamó esto envuelta en convulsivos llantos y gritos que casi le hicieron desvanecer.

Su hermano Gianfranco le pidió calma pero le comunicó que Rosalía había desaparecido. Murmuró algo sobre unas cartas dejadas en casa de Pino y que éste había descubierto. Él mismo le daría más detalles porque la llamaría enseguida. Gianfranco estaba trabajando en Catania, en la isla de Sicilia, pero cogería el primer avión para venir a Florencia. Gianni también lloraba. Nosotras intentamos animar a Mariolina, que era un amasijo de nervios, intentando ponernos, como se suele hacer en estos casos, en lo mejor. Se tranquilizó entonces por un minuto, mientras nos contaba la conversación con su hermano pequeño. Pero de nuevo comenzó a gritar y a desvariar por la histeria.

- ¡Ay, Dios mío! ¿Qué ha hecho esta loca? -inrepó con desgarro, tras lo cual, cayó inconsciente al suelo.

Poco me faltó para dejar que se golpeará la cabeza contra el pavimento, pues logré sujetársela al vuelo. No sucedió lo mismo con su cuerpo, extremadamente huesudo, que se precipitó contra las losas en una caída plomiza. Intentamos reanimarla a turnos y con los cachetes de rigor, aunque la intervención de Rita se asemejó más a una paliza. Propuse entonces reavivarla con un vaso de agua pero, Rita, entendida en remedios caseros, consideró mejor hacerle respirar los efluvios de la botella de vinagre. Mano de santo. Mariolina regresó a la consciencia poniéndose en pie de un salto y aturdida por las carcajadas que arrancó la infalible idea de mi compañera.

No dio tiempo a más comentarios. El teléfono no tardó en sonar de nuevo. Era Pino. Tenía una carta para ella, le dijo. La había escrito Rosalía. Había otras cuatro más: una para Gianni, otra dirigida a sus padres y Francesco, otra más para su amiga Antonella, y una más para Pino. Él ya había leído la suya. Un nudo en la garganta le impedía seguir hablando. Pino también lloraba pero, esta vez, eso tranquilizó a Mariolina. Terminaría de ponerla al corriente de la situación cuando viniera a casa Ruglioni, informó.

El tiempo, que en las últimas horas había puesto empeño en transcurrir lentamente, hizo un alto en el camino y se detuvo cansado en la habitación de las hermanas donde nos congregamos tras la llamada. Mariolina se detuvo a escuchar todas las hipótesis y elucubraciones que se nos escaparon de los labios para intentar descifrar las intenciones de Rosalía. Mi amiga era el fiel reflejo de la histeria convulsiva. Lloraba, reía, se agitaba, se encogía. Tenía el cuerpo plegado por el dolor y el rostro congestionado por las lágrimas, mal augurio para una historia que –repetía la Señora- estaba durando demasiado.

Insuficientes todos nuestros esfuerzos por aplacar la desesperación que la chica arrojaba con un quejido interminablemente agudo, como el de las plañideras, algo que siempre me había causado grima. Además, la voz de Mariolina era especialmente chirriante. Yo la abrazaba porque, desde el principio, habíamos entablado una buena amistad. Más bien, me capturó ella con sus profundos ojos azules y su ánimo vivaracho. Fue una grata sorpresa conocerla. Aunque exagerada en sus

emociones, desbordaba vida y humor. Una impresión bien distinta a la que recibí cuando puse el pie en ese lugar.

Llegué a casa Ruglioni pasada la media noche, cansada, después de haber perdido un tren, mi carrito para fijar mis dos maletas en él, y sin fuerzas para levantar éstas ni un palmo más del suelo. Desde el andén de la estación de Roma al tren con destino Florencia, las había trasladado una a una a pulso. ¡Y pesaban un montón! Después, la misma operación a la inversa: del tren al andén, del andén hacia las escaleras de salida, de las escaleras a la puerta de la estación central, y desde allí hasta la parada de taxis. Primero una, después la otra. Primero una, luego la otra. En apresuradas carreritas, por si alguna de las maletas desaparecía en el ajetreo, un enorme dolor acabó infligiendo mis brazos. Y, además, me hacía pis. Pero sentía una tremenda sed de agua del grifo. Y es que, todas las botellas de agua que había comprado a lo largo de ese día tenían gas. Ignoraba que, en Italia, si no se conocen los términos adecuados, nunca se es lo suficientemente precavido para asegurarse agua sin burbujas. Incluso la mineral, en ocasiones, las tiene. Puesta a comentar esto, lo mejor es aprenderse la marca de un agua en concreto y pedirla, sin más, aunque... no es el momento ideal para dar estos consejos.

Con el pasar de los días, Mariolina me confesó que cuando me saludó en el recibidor junto a la Señora, que me pareció muy vieja y muy bruja, sabía que nos convertiríamos en buenas amigas. Y así resultó, aunque mi visión fue otra bien distinta. Fue espectral. Y es que, no se puede llegar a una ciudad desconocida, a media noche, con la luna llena, y ser recibida en una casa destartalada y macilenta por una octogenaria de pelo descolocado y polvoriento, ojos saltones, y saliva rezumando de su boca que, amable, pero tétricamente, te da la bienvenida junto a una chica en los puros huesos, bigudíes en el pelo y ataviada con un camisón hasta los pies que, extendiendo su mano frágil y azulada, susurra mortecinamente “buenas noches” con una larga sonrisa. No se puede llegar confusa y con sueño a una casa extraña y encontrar tal visión sin considerar que sus espíritus, y todos los que en esa casa hubiera, penetrarían por el hueco de la cerradura de mi cuarto mientras dormía poseyéndome el alma. Era una suposición de rigor. Pero pensé entonces que, al fin y al cabo, la casa me la había recomendado Eva y yo tenía demasiado sueño para temer de una ancianita y de su joven secuaz.

Desde ese día, que ya me producía risa, había tenido mucho tiempo para conocer cuánto sufría y cuánto miedo tenía mi amiga. Miedo y pánico, algo que no paraba de repetir. Se me despedazaba el corazón viéndola derrotada sobre la cama de su habitación y clamando, con un minúsculo rosario enroscado a un dedo, a su patrona: Nuestra Señora de Pompeia. Éste era su tercer nombre porque los italianos tienen un solo apellido pero un relicario de nombres. En concreto, mi amiga se llamaba Mariolina Acheropita Pompeia, para mí y para el resto de los italianos, un nombre tremendamente gracioso. Pompeia fue la famosa ciudad napolitana arrasada por el Vesubio, tantos siglos atrás, y conservada intacta por la lava con todos los detalles de su tragedia: niños escapando de las cenizas ardientes, una familia reunida en torno a una mesa, una pareja fornicando... Un manifiesto arquitectónico y humano de un pedazo de Historia que obliga a una de las visitas turísticas de rigor en este país. Vaya, otro consejo.

Mariolina recorrió todos los rostros reclamando palabras de sosiego, aunque en ese caso resultaba difícilísimo quitar trascendencia a los hechos sin meter la pata. La animábamos diciéndole que era pronto para aventurar la razón que había impulsado a Rosalía a redactar esas cartas. Eso nos lo desvelaría Pino cuando viniera. De todas formas, no estaba sola, añadimos a nuestros argumentos. Su hermano Gianni había anunciado que llegaría de Sicilia sobre las seis y media de la tarde, y también había previsto avisar a Francesco, el mayor, que vivía en Milán. Todos correrían a su lado, menos sus padres. De todo ello, Beppo y Sara no debían saber ni una palabra. De momento.

En el afán de poner lo mejor de nuestra parte, me llamó la atención el comportamiento de la Señora, que renunció a su ánimo de gendarme para ejercer de vehemente madre. Para mí se ganó entonces el tratamiento de *Signora* con mayúsculas, diferente al vocativo que, en Italia, se da a todas las mujeres con las que no hay lazos de parentesco directo. Incluso a la suegra se le llama Señora. Y si se olvida o se omite el tratamiento por excesivo, el novio o marido italiano o, peor, la misma *mamma* (ella, la *Signora*) quizá le ponga a uno en su lugar. ¡Imperdonable olvidar las distancias! Pero la anciana, a la que siempre había visto en su papel de viejecita despistada y cascarrabias, ignoró cualquier roce anterior y, tumbándose junto a Mariolina en la cama, cogió tiernamente su cabeza entre sus manos para arrullarla maternalmente en su regazo. Mientras le

mesaba el cabello, le dijo unas cuantas verdades que ambas conocían por los nueve años de convivencia. Eficientemente logró tranquilizarla más de lo que conseguimos nosotras.

- ¡Ya sabía yo que esto tendría que suceder! Porque ella ha estado soportando la situación nada más que para que vuestros padres no le quitasen el sustento. Sólo porque quería estar con Pino. ¡Pero esto no puede ser! A unos padres no se les puede engañar durante tantos años así. Aunque se lo tienen merecido. Porque, chicas, ¡qué mente tras estrechas que tienen! ¡Siempre controlando todo! -decía indignada la Señora Ada mientras me miraba para hallar complicidad y continuar.

- Yo, claro, he callado todos estos años por Rosalía pero ¡no! A mí esto no me daba buena espina. Y ahora tú -dirigiéndose a Mario y creciéndose más- ¿vas a sufrir por ellos? No, no cielo. Ésa es su vida y la tienen que solucionar ellos. Tú no tienes culpa de nada. ¿Qué ibas a hacer tú? – continuó indulgente.

Mariolina se obstinaba en sentirse desdichada ante la posibilidad de que sus padres la culpasen por encubrir el noviazgo de su hermana. Temía que esto la hiciera perder para siempre el amor del que ya había estado alejada durante toda su vida. Por eso, cuando oyó de los labios de la Señora que sus padres no se podrían enfadar con ella porque no era culpable de nada, me pareció que Mariolina acababa de sentirse absuelta de su propia condena. Lo reveló su profunda mirada aguada y su cansina respiración. El veredicto exculpatorio de la octogenaria tintineó meloso entre sus labios resecos. Era bálsamo lo que la Señora acabada de aplicar en sus oídos. A un metro escaso de ellas dos, palpamos el corazón de la vieja Señora Ruglioni resplandeciente de afecto. Y en ese momento, el portero automático anunció la llegada de Pino.

Mariolina me clavó sus enormes ojos azules pidiendo socorro. “¡Ayuda, ayuda!” era otra de las exclamaciones a las que recurría como un exorcismo. Era desconcertante verla tan abatida y al mismo tiempo aferrándose al hilo imaginario de una fuerza divina que confiaba la asistiera. Porque Mariolina era una devota fervorosa, aunque sólo de su *Madonna*. Acudí al ingreso para recibir a Pino que entró en la casa con la cabeza erguida, el ceño fruncido y una voz torpemente inquisitiva. Cruzó una mirada conciliadora con la Señora y nos saludó parcamente. Por un instante me sentí inexperta en la vida. No sabía cómo comportarme ante un hombre herido y

desconsolado. Recibirle con una sonrisa me producía inseguridad y, por otra parte, no hacerlo me parecía no darle lo único que siempre pueden dar los amigos.

El guiño de Pino, sin embargo, me desembarazó de mis dudas. Tenía la capacidad de hacerme sentir cómoda a pesar de su mirada siempre ofuscada pero transigente. Una expresión de persona zarandeada por la vida y, por tanto, comprensiva. No hicieron falta las palabras. Todos en la casa estábamos afectados por el incidente y él lo sabía. Por vez primera vi cómo su ceño característicamente fruncido por un perenne mal sueño se endurecía aunque, ya sin fuerza, por el dolor. Le costó unos segundos no romper a llorar. En ese instante sentí un tremendo respeto por él. ¡Había sufrido tanto ya!

Con su pena encallada y barba de unos días se dirigió a la habitación de las hermanas. Volvió a saludar desde el umbral y estrechó a Mariolina entre sus brazos que, al no poder reprimir su ansiedad, rompió de nuevo a llorar. Pino tomó su cabeza entre sus manos firmes para calmarla, pero tampoco él pudo impedir algún sollozo. La hablaba cariñosamente en el dialecto que ambos sentían: el calabrés. Fue un espectáculo único observar al hombre que presumía ser de una pieza intercambiar palabras de consuelo y ánimo con “la loca de su cuñada”, como él decía. Sabía que un mínimo empujón suyo serviría para que su futura cuñada dejase a un lado su vertiente sensiblera y se engrandeciera mostrando la parte más fuerte de su carácter. Era como un desafío y un reto. Y Mariolina se dejó aplicar la terapia. Funcionó. Porque el mismo orgullo robusto y cabezonería que siempre les dividía, lograba también acercarles cuando se imponía la necesidad de la unión. Y es que, quien conoce las debilidades y virtudes del otro, ya tiene algo que compartir. Mientras pensaba entonces que les correspondía un poco de intimidad, Pino nos dijo:

- Por favor, ahora esto es una cuestión privada. Gracias.

Así, les dejamos solos y entramos en mi habitación, que era también la de Rita. Estábamos desconcertadas, meditabundas y desoladas. Nos mirábamos atónitas, gesticulábamos en vez de expresar con palabras lo que desconocíamos, y llegamos a pegar el oído a la pared de la contienda para dar un rumbo a nuestras sospechas.

-Estoy alucinada -me repetía a mí misma una y otra vez.

La *Bella Italia* se me había revelado como la Italia profunda del cine de Fellini, Rosellini... los grandes directores que mostraron un país con hombres que increpaban en camiseta interior, mujeres pechugonas, situaciones inverosímiles, romances dantescos y niños que terminaban dando mucha pena. Más o menos esto, por resumir en un solo tópico todos los lugares comunes acumulados en mi memoria. En nada se parecía la sociedad de Florencia a la del Sur, la más retratada en las viejas películas, pero casa Ruglioni era un enclave meridional dentro de la capital toscana.

En la marea de opiniones que comenzamos a levantar, yo no me atreví a opinar más que sobre lo obvio, obstinada en no ser pájaro de mal agüero. ¿Qué era eso de las cartas? ¿Qué era lo que no se atrevía a decirles a la cara? Ya sabíamos que Rosalía había huido pero ¿para qué? El por qué ya lo teníamos. O lo presumíamos. Tenía miedo de enfrentarse a sus padres. Sin embargo, ¿por qué detener en ese momento la maquinaria de la confesión de su embuste? ¿Por qué desaparecer inquietando a todo el mundo? Las cinco cartas escritas no presagiaban nada bueno. Si se hubiera ido para pensar, ni Pino ni Mario estarían en ese estado. Irse de casa para pensar no correspondía al carácter de Rosalía pues era evidente que ella ya había meditado mucho. Siempre tenía todo previsto. Rosalía era calculadora y organizada como una hormiga. En eso coincidíamos todas. Entonces ¿para qué se había ido dejando a Mario y Pino en ese estado? ¿Dónde estaba Rosalía?

PARTE UNO

Capítulo I.

Rosalía me saludó cuando nos cruzamos en la parada del autobús. Sonrió, como habitualmente, mostrándome su preciosa sonrisa, pero gritó de pánico con los ojos. Yo presentí un desastre aunque sabía que la tensión la comprimía. Comprendía que estaría harta de tener una vida en un lugar y más tarde en otro. Comía en casa, cenaba en casa, hablaba con sus padres desde casa pero, a medianoche, se iba con Pino a dormir su vida a otro lugar.

Casi desde el primer día que pisé casa Ruglioni, las dos hermanas -Rosalía y Mariolina- me pusieron al corriente de la vida en esa, llamémosla, residencia. Que la cocina era un poco

cochambrosa, saltaba a la vista. Que la señora Ruglioni chocheaba y era bastante despistada y sorda, era obvio. Pero que Rosalía y Pino llevaban quince años juntos sin saberlo los padres de ésta, era algo alucinante. Como la familia vivía en Calabria, en el sur de Italia, y casa Ruglioni estaba en Florencia, en el centro-norte del país, la pareja no tuvo demasiados problemas en ocultarlo. Sin embargo, fingir durante quince felices años de noviazgo significó pasar también por quince angustiosos años de mentiras.

Aunque la costumbre ni siquiera parecía ya obligación con tal de estar juntos, a esas alturas de la relación todo resultaba excesivo. Rosalía y Pino habían decidido poner fin a la pantomima. Hablarían con los padres de ella. Querían que supiesen que lo único importante era su amor y no necesitaban el beneplácito familiar para compartir su vida.

Claro, que una mentira amasada durante tantos años sería muy difícil de digerir, y en esto tenía problemas el padre de mi compañera. Sólo por él comenzó esta comedia: la representación de una vida que nunca existió. Desde el inicio de la relación, el padre le prohibió amar a Pino. Su lista de porqués era larga: porque era un chico sin muchos estudios, porque el destino le dejó dos veces huérfano y porque se las tuvo que apañar para sacar adelante a su familia. Y es que, cuando todos los chavales estudiaban, él “trabajaba”. ¡Tremenda palabra! Y luego, se divertía como cualquier chico de su edad. O sea, cogía la moto, se tomaba unas cervezas con los amigos y quedaba con “su rubia”. Aunque, su melena enroscada y larga rebelándose a la tradición del pequeño pueblo calabrés fue determinante para que el padre decretase el fin de sus flirteos con Rosalía. La hija de un carabinero no podía amar a un “pintas”. Ella, no. Estudiaría una carrera y se casaría con un hombre con porvenir, como el que ella tendría un día, decretó.

Pero el destino le salió burlón al carabinero y ayudó a unir a la pareja en Florencia, lejos de su control físico aunque no mental. Porque Ros seguía sufriendo. Su amor treintañero había podido nutrirse en ese tiempo de una sociedad bien distinta a la que les engendró, más cercana al pragmatismo del norte que a la tópica ceguera temperamental del sur, sin embargo, revelar su compromiso seguía siendo su tormento. Y es que, el momento se percibía cargado de violencia. Si el anuncio heriría a sus padres, a quienes adoraba pero se negaba a obedecer, también sería, en el más escueto sentido de la palabra, peligroso. La casi total seguridad de terminar el anuncio en

tragedia se había enquistado en la atmósfera de casa Ruglioni porque el padre no entendería nada de nada. Él era el *capo* de la familia que todo controló y todo controlaría. Su jornada de militar jamás había terminado en la puerta principal del hogar, sino que se prolongaba para ejercer los mandos con su propia familia. ¡Y encima de calabrés, carabiniere!, como se dice en Italia.

Rosalía, la mayor de las hijas, siempre figuraba como la primogénita perfecta. Responsable y estudiosa sería la mujer ideal cuando terminase su carrera de Medicina que, hasta sus treinta y dos años, le había retenido en Florencia. Pero el momento de doctorarse había llegado. Al menos, eso había contado a sus padres, si bien la realidad era otra. En esos últimos días de noviembre ella debía encontrar el valor y la manera de desenmascarar unos quince años fingidos. Y la espera se hacía cada vez más angustiosa y pesada porque el terror al padre le impedía razonar.

Yo, inquilina también de casa Ruglioni mientras frecuentaba un curso de italiano en la facultad, participaba del nerviosismo y la incertidumbre general, sobre todo, a través de las largas conversaciones mantenidas con Mariolina. Ella, mucho más comunicativa que su hermana, tenía miedo a las reprimendas de sus padres que le vendrían encima por haberles ocultado su conocimiento de esta relación. Y la vida de Mariolina ya había sido demasiado complicada. Sin embargo, Rosalía no hablaba del asunto. Más aún, parecía, dentro de la lógica preocupación, bastante segura de su decisión. Bromeaba, reía y conversaba con nosotros como si nada sucediera. Ni siquiera en los momentos de angustia olvidaba darnos una sonrisa. Todos sabíamos que usaba la máscara del optimismo. Pero nunca pudimos imaginar cómo esa máscara se despedazaba dentro de ella.

Había trazado un plan. Haría venir a sus padres a Florencia, el martes de la semana entrante, con la excusa de celebrar su doctorado. Para Beppo y Sara, esa gratificante noticia significaría el principio del fin de una manutención y una inyección de orgullo para su apellido. Significaría que los Massini lo habían hecho bien, que habían conducido a su hija por el buen camino y ella se había mantenido fiel y constante en su meta por “ser alguien”. Sin embargo, ese día Rosalía les comunicaría que nada de lo que durante años les había contado era cierto.

En realidad, desde hacía dos años había abandonado sus estudios. Pagaba matrículas de asignaturas a las que acudía rara vez, se ponía ante sus libros de carrera para disimular ante su hermana, mantenía contactos de la facultad para no levantar sospechas, hablaba de exámenes en casa... pero todo era mentira. Nunca sería doctora en Medicina. Esta última realidad, que Pino incluso ignoraba, sería suficiente para congelar la sangre a sus padres y que ese mismo hielo arañase su orgullo y sus entrañas. Sin embargo, nada resultaría tan glacial como la revelación del noviazgo escondido. Con eso harían una escultura de hielo a la infidelidad de su hija y la expondrían en el centro de su pueblo meridional para que todos la vieran.

Después de vivir tantos años en la más absoluta mentira, yo no llegué más lejos de imaginar que, en el peor de los casos, la relación con sus padres se destruiría. Pero Mariolina tenía demasiado miedo. Sólo las hermanas conocían las reacciones del padre y contaban incluso con la posibilidad de que se suicidase al oír la noticia o, peor aún, que intentase matar a Pino. Para él, no servirían los argumentos. Años atrás se había negado a que su hijo mayor contrajera matrimonio con una mujer que no era de su aprobación. Desde entonces, inició una solitaria e infructuosa campaña en su contra que, no obstante, no impidió que esa boda se celebrase. Y de esa unión surgió su nieto, su primer y único nieto, al que siempre se negó a conocer. El pequeño fue rechazado por ser el producto de una desobediencia, de una rebelión. Hasta ahí aplicaba su cerrazón.

Beppo sintió que sus vástagos le dejaron solo en esta empresa absurda y ajena. Y en la encrucijada de respetar la elección de su hijo Francesco o seguir la superioridad de su orgullo, el carabinero optó por repudiarle. Entre ellos, decidió que el hombre verdadero era él, y cortó toda relación con su primogénito. Beppo Massini era el cabeza de familia que todo debía manejar. Cada decisión familiar debía ser tomada únicamente por él. Era curioso imaginar cómo un déspota semejante tenía, no obstante, unos hijos tan diferentes cuando siempre habían vivido en las fauces de su tiranía. Y entre sus garras, la esposa recibía sumisamente de él todas las culpas. Sara callaba y aceptaba; sufría.

Beppo y Sara habían tenido cuatro hijos: doble pareja en orden capicúa. A los extremos, dos varones: el mayor era Francesco y el pequeño Gianfranco. Ambos, en su día, continuarían la

profesión del padre, que era la misma que aún eligen muchos hombres del sur para salir del terruño.

Entre los carabinieri, Rosalía y Mariolina completaban el mosaico familiar. Cuatro hijos en total que Beppo debía mantener con su ajustado sueldo de policía militar. Cuatro bocas que alimentar y cuerpos que vestir y mentes que instruir. Cuatro menos uno. Es decir, tres, pues la obstinación de Mariolina a no terminarse lo que tenía en el plato le sirvió a la hermana de Beppo, que no podía concebir hijos, como excusa para reclamar lo que la naturaleza no la podría dar y satisfacer así su instinto maternal. Fue entonces cuando Mariolina, con su mirada azul de dos años, su ingenuidad infantil y su cuerpo extremadamente delgado, fue a parar a casa de sus tíos, a varias horas de distancia de la casa paterna.

Ciertamente, el acuerdo no se anunció como una cesión que duraría toda la vida y que se quedaría encallado en el corazón de Mariolina como un arpón. Empezó como un experimento iniciado durante las segundas vacaciones estivales de la infancia de mi amiga y se fue consolidando a medida que la pequeña ganaba peso. Para ello, la tía fue descargando a Beppo y Sara de la carga de ser padres con tiempos de entrega cada vez más largos y dilatados, pero siempre con buenos resultados. En kilos.

Dos años duró la transacción. En este tiempo, Mariolina aprendió a confundirse con sus papás y mamás, que se le liaban y le ponían zancadillas angustiosamente. Fue entonces cuando Beppo y Sara reclamaron lo que nunca habrían tenido que donar. Y fue cuando lo perdieron. Dejaron de ser gentiles para la tía y se convirtieron en unos “tremendos egoístas” por tener cuatro hijos ¡y ella sin ninguno que cuidar y amar...! ¡Ellos, tan egoístas! Así que, no la costó consolidar la última etapa de su plan. Insistió para que le cediesen uno y, según su juicio, Mariolina ya podía prescindir de sus progenitores. Ya le había acostumbrado a vivir sin ellos. La niña no sabía que lo haría por el resto de su infancia, su adolescencia y juventud. Desde entonces, su convivencia impuesta siempre estuvo teñida de incertidumbre en sus afectos. Aunque sus tíos nunca dejaron de merecer su respeto. Sin embargo, el orden natural no tendría que haber sido ése. Los cuatro adultos alteraron su vida.

En su casa paterna, ella era Mariolina, pero no su hija. Cuando en vacaciones iba de visita, no tenía una habitación, no le aguardaba ningún rincón especialmente suyo. Las huellas de su existencia originada en ese lugar habían sido borradas. Incluso sus fotos eran escasas, menos que las que se esparcían en el salón con el retrato de sus hermanos. Esto, en concreto, era una exigencia expresa de su tía. Mariolina no debía encontrar tantos recuerdos como en su casa habitual, la adoptiva. Ésa era ya su verdadero hogar. Allí tenía su propio cuarto, conocían sus cambios de humor, sus aventuras en la escuela y todas las mutaciones que experimenta una niña mientras crece. Por tanto, los tíos eran siempre papá y mamá, excepto delante de Beppo y Sara. Entonces, Mariolina tenía que teñir con un deje diverso de afecto sus papás y mamás o confundirse con las jerarquías entre las dos familias. Y encima, ninguno queda aún satisfecho con el término elegido por ella.

- ¿Quién es esta niña? ¿Es vuestra prima? -preguntaban a menudo los curiosos a los tres hermanos cuando Mariolina iba de visita al hogar biológico.

- Sí, es mi prima - contestó Gianni una vez, ya que, a su corta edad aún no había entendido bien el apaño. Seguramente le pareció más lógico pensar en ella como su prima pues los hermanos no van de visita con sus tíos a casa de sus padres.

- No, Gianfranco -dijo Rosalía al pequeño-. ¡Mariolina es tu hermana!

Fueron palabras mayores desveladas a dos críos estupefactos ante la realidad con la que convivían. Para él, porque había descubierto una hermana, y para ella, porque él no sabía que lo eran. Y esto aún no lo ha conseguido olvidar Mariolina. Igual que no ha podido borrar el haber estado sometida a dos autoridades. Dos padres y dos madres a quienes consultar, y alineados en dos frentes de guerra con sus propios líderes: su tía y Beppo. Sara y el tío Mario actuaban sólo como meras marionetas de las advenedizas y contradictorias prohibiciones del patriarca y su hermana, me contó mi amiga. Pero, sobre todo, Beppo nunca, nunca consentía.

Como un buen soldado, Marco debía informar a su cuñado hasta el último de los pormenores de su hija compartida. Si no, ¡cuidado con olvidar mencionarle en sus llamadas diarias que Mariolina había planeado ir con sus amigos de siempre al rincón de costumbre de la playa o que ese día la niña había acudido al dentista! La patria potestad había sido concebida por el

carabinero como un negocio en el que él era el único capitalista y beneficiario, mientras Marco era el empleado fiel cuyo beneficio no era otro que el afecto de la niña.

No, este campo de conflicto de intereses no lograba olvidarlo Mariolina, sobre todo porque entonces las minas comenzaban a estallar. Ella intentaba sortearlas con la mejor de las estrategias pero, al final, siempre corría el riesgo de que el artefacto explotara y la hiriera. Cuatro adultos manejaron el afecto de una cría obligándola a respetar sus normas y hoy, los mismos artífices se culpan los unos a los otros por el apaño y atosigan a Mariolina para que se incluya en uno u otro escuadrón.

Diría la moraleja que no hay que jugar con el hueso que el perro, por hambre, siempre irá a buscar porque un día, cansado de que se burlen de su necesidad, arrancará la mano que, no obstante, le dio de comer.

El ansia de amar es tramposa, es egoísta y mezquina. Su voracidad no atiende a razón y olvida que en un momento sólo anhelaba un pedazo de amor. Se hizo el milagro y lo consiguió. Pero, ahora, su miedo y codicia le dicen que esconda ese afecto logrado para que nadie se lo robe. Y el ansia de amar cava un profundo y oscuro agujero para que ni siquiera la luz lo encuentre. Para que ni siquiera ese amor respire.

Mariolina sufría entre tanta confusión pero ni unos ni otros le aclaraban sus sentimientos. En el puesto que le habían designado, materialmente salía ganando respecto a sus hermanos. Siendo hija única todo era para ella pero cuando veía a Francesco, Gianfranco y Rosalía se sentía carente de amor. Le faltaba su cariño, construido cada día con las riñas y las risas compartidas, y por él tuvo que luchar teniendo en su contra una cierta envidia que no era sino un desorden de sus maleados sentimientos. Sentía que la casa de sus hermanos le era denegada como la morada estable y, sin embargo, seguía aferrándose a la idea de regresar definitivamente un año tras otro.

Un año tras otro se ilusionaba con volver a su casa legítima y año tras año se desilusionaba cuando le decían que era sólo “un capricho más”. Querer vivir con sus padres y hermanos era “un capricho más”. Nunca le confirmaron lo que ya era evidente. El retorno que ella anhelaba nunca

llegó pero, la vida, que es sabia, o al menos así lo queremos creer, alejó a mi amiga de la casa de sus tíos para darle la oportunidad de acercarse de otro modo a su hogar biológico. Aún así en la distancia.

Con veinte años cumplidos, Mariolina decidió comenzar sus estudios de Botánica lejos de sus “familias” de Calabria. La elección de la universidad nació ya condicionada por los padres y los tíos, que no permitieron que se alejara más de lo imprescindible. Pero Rosalía ya había roto una distancia y marcado una barrera yéndose años antes a estudiar a Florencia. Mariolina sólo tuvo que seguirla. Al fin y al cabo, allí tenía a su hermana. Rosalía le encontró un sitio en casa Ruglioni y comenzaron, por vez primera, a compartir sus vidas en la misma habitación.

Fue con las llamadas diarias a su hija mayor, cuando Beppo y Sara se enfrentaron con esa parte de su pasado crecido que no sabían reconocer porque durante demasiado tiempo había sido alimentado por otros. A través del teléfono, les sorprendió de nuevo la paternidad, y volvieron a dejarla escapar. Porque en las llamadas que cada noche efectuaban religiosamente a casa Ruglioni, la pareja siempre prefirió hablar “urgentemente” con su hija Rosalía. Ni Beppo ni Sara sabían qué contar a Mariolina. Por eso, la evitaban. Aplazaban la conversación para otro día, y de éste a otro, y después al siguiente, al posterior... Así hasta que se atrevían a reclamar calculadamente la presencia al teléfono de su otra hija. Junto a Rosalía, ella se creía por fin más cerca de su hogar. Me refirió una vez que jamás lo había estado tanto como cuando llegó a Florencia. Se equivocaba. La distancia que marca el corazón no se estrecha con una llamada.

PARTE DOS

Capítulo I.

Me desperecé de esa noche que tantos recuerdos me había dejado. Desperté aún con el sabor de los besos de Aldo, los primeros y últimos besos perdidos en otra ciudad, en Génova. Allí fuimos a reencontrar una antigua amistad que durante años mantuvimos por carta, el retrato de un flirteo juvenil que se inició durante unas vacaciones en Cádiz, y allí hallamos su huella o, tal vez, su ilusión. Pero qué importaba si las sensaciones vividas fueron tan intensas como la mejor de las historias. Quién sabe si el tiempo nos arrastró a ello, pues soplaban un viento arrollador de esos que te empujan siempre hacia donde no quieres ir, dirigiendo tus pasos a su capricho. Se metía por cada orificio de la piel y se divertía haciéndonos volar, removiéndonos los cabellos y elevándonos los abrigos para que nosotros nos ciñéramos en un indivisible abrazo, obligándonos a burlar a cada paso el aire y el frío.

Pero ése era ya otro día y del anterior sólo sentía un amasijo de sensaciones inciertas, aunque hermosas, y el recuerdo de Génova reflejado dolorosamente en cada miembro de mi cuerpo. El viento me había dejado completamente destrozada y me dolía incluso controlar el movimiento de mis músculos en el estrecho colchón sobre el que dormía.

El ajeteo de la casa me hizo comprender que debía ser un poco tarde pues ya todas mis compañeras estaban en casa. Lo confirmé mirando el despertador que no había sonado o yo no había oído. Así que, me quedé sin asistir a clase. Me levanté torpemente y, deambulando por la casa con mi desorden mental, conseguí llegar, sin percatarme del tiempo transcurrido, hasta la hora de comer. Parecía que esa mañana no era yo la única descolocada pues, todas, excepto Rosalía, que aún no había regresado a casa, trajinaban sin hacer realmente nada, e incluso, sin extrañarse por mi presencia. Estábamos poco comunicativas y ninguna en su lugar habitual.

Mariolina era la que pasaba casi todo el día en casa preparándose los exámenes. Las voces que traspasaban su puerta eran la prueba de que la primera convocatoria del curso tenía tensa a mi amiga. Recitaba en alto marcando el ritmo y la dicción mientras recorría incesantemente su habitación. De las entradas y salidas de Elisa -la nieta de Señora Ruglioni- nunca estábamos demasiado al corriente, pues no paraba. Además, su

dormitorio estaba en el extremo contrario a los nuestros, justo al lado de la puerta principal. Pero también esa mañana ella se hallaba en casa y, precisamente, sin recluirse bajo llave para estudiar, como de costumbre. Faenaba pensativa por la cocina, el área común que tan pocas veces visitaba. También Rita, mi enorme compañera de cuarto, rondaba por el piso cuando realmente debía estar en la facultad. Intercambié con ella un par de palabras sujetándome la cabeza que me pesaba y noté que también ella se había contagiado del ambiente cansino, anodino y plomizo que se respiraba.

Había una carga tremenda de apatía y recelo en cada espacio. Me lamenté del pésimo día que, involuntariamente, había elegido para quedarme. Yo tampoco me sentía demasiado optimista. Y presentí el motivo. La fecha que Rosalía se había impuesto para comunicar el asunto a sus padres olía a incidente. Pero mientras todas pensábamos en esos momentos en ella, Rosalía no estaba allí. Me sorprendió cómo esa tensión se había expandido por cada rincón de casa, enquistándose en la cocina, el alma de ese lugar, nuestro confesionario y guarida. No tenía pruebas contundentes pero sabía que, en mi ausencia, la noche anterior había sucedido algo durante la cena. Traté de verificarlo metiendo el oído en las palabras perdidas de mis compañeras, en sus miradas cruzadas, en sus gestos, pero no encontré nada revelador. Así que, opté por frenar mis pensamientos, cada una de las ideas que me abordaban y que dolorosamente me punzaban las sienes en el momento en que intentaba procesarlas en mi cerebro. Las retuve todas porque mi lamentable estado físico me asaltó con sus quejas.

En la cocina encontré a la Señora y a Elisa terminando de comer. Rita se había cocinado un poco de pasta -nunca demasiada- y en ese momento se estaba acomodando en la mesa que presenciaba la entrada de cada comensal. Junto a ella, Mariolina, con la mirada falsamente perdida en la pantalla de la tele, mientras sujetaba un cigarrillo con una mano y el vaso de vino con su nombre grabado en otra, se alzaba continua y nerviosamente de la silla. Yo, que me disponía a preparar unos macarrones con tomate, el típico plato de supervivencia, le pregunté extrañada si aún no había comido pues en casa Ruglioni siempre era yo la última en sentarse a la mesa, aún fiel al horario español. Me contestó distraídamente, y con un marcado tono de convicción en lo que decía, que estaba esperando a Rosalía y que ya no podía tardar más. Sin embargo, su respuesta sonó a vana esperanza ya que Mariolina no paraba de revolverse en la silla y de entrar y salir de la cocina preguntando al unísono dónde estaba su hermana. Quise creer que se

preocupaba excesivamente porque llegaba tarde. Pero, en realidad, debí cambiar una palabra. Ésta era: por qué llegaba tarde Rosalía.

Todas estábamos perplejas por su comportamiento agitado y, aunque nos habíamos familiarizado con sus maneras impulsivas, tuvimos que intentar calmarla con comunes hipótesis sobre la tardanza de su hermana, pues estaba comenzando a tener un acceso de histeria. Aún no me he adentrado en el carácter de Mariolina, pero ella solía tender a la exageración. La Señora, normalmente ajena a todo lo que sucedía entre nosotras, tomó entonces el control de la situación con aplomo e intentó trivializar el retraso de su inquilina increpando a Mariolina con una familiaridad adquirida en tantos años de convivencia. Pero también ella se sentía inquieta. De todas las ideas que me acribillaban la cabeza, me aferré a las más optimistas, aunque comenzaba a sentirme culpable por pensar en llenar el estómago cuando, frente a mí, Mariolina estaba inmersa en una nube negra. Y, poco a poco, mi malestar se transformó finalmente en enfado porque entonces también yo empecé a preguntarme dónde diablos estaba Rosalía.

Mario -como la solíamos llamar- hizo una llamada de teléfono para confirmar que su hermana no se encontraba aún en casa de Pino. El teléfono sonó en el vacío. Nadie respondió. Así que, se metió en su habitación dejándonos en la cocina un silencio turbador. La Señora precisó que la noche anterior la situación había estado muy tensa entre las dos hermanas y Pino, que siempre cenaba con nosotras. Casi no se hablaron. Miraron la televisión mientras Ros hacía algún comentario falsamente alegre. ¡Ya sabéis lo de su máscara! Rita, hastiada, decidió irse pronto a la cama y la Señora Ruglioni tragó la cena tan rápido como pudo. Deseaba huir a su habitación. Me confesó, medio indignada, que tenía ganas de que terminase la pantomima pues llevaba doce años aguantándola. Aunque respaldaba a Rosalía, ya que conocía personalmente la intransigencia de sus padres, no soportaba que esta historia nunca llegara a un desenlace. Nadie podría reprocharle jamás haberse desentendido de esto porque fue ella su principal encubridora, incluso antes de que Mariolina llegara a Florencia para vivir en su casa, me dijo.

Siguió hablando y culpando a Ros por no telefonar a su hermana en el caso de que hubiera decidido cambiar de planes. “¡Sabe que se preocupa por ella, sobre todo en estos días!”, señaló. Aunque su inquilina y ella mantenían una relación un tanto

inflamada por la diferencia de edad, por las costumbres y rutina de la convivencia, la Señora Ada estaba al corriente de la tensión de Mario y de la posición que le tocaba afrontar. Efectivamente, resultaba natural y lógico que todas nos preocupáramos por el retraso de Ros. No cabía duda.

Y fue en ese instante cuando vislumbré un retazo de mi vida hospedado en el pasado de mi memoria. Eran unos ojos negros y profundos. Muy tristes. La visión no duró mucho. Justo unos segundos antes de conectar de nuevo con el presente y otro recuerdo reciente: la profunda mirada que se sumergió en la mía cuando la noche anterior salí del autobús. Rosalía. Fueron sus ojos los que penetraron en los míos. Yo había sentido antes esa mirada. Hace años. Aquella, oscura. Ésta, azul. Pero, ambas, encadenadas a una aciaga desesperación. Entonces paré mi corazón, que quería acelerarse en señal de un mal presagio, y lo ignoré. Preferí ignorarlo mientras me centraba metódicamente en lavar los platos, en cubrir con la espuma del estropajo cada milímetro de la vajilla, como si estuviera pintando, y en ver cómo las burbujas eran arrolladas por el agua antes de irse con ellas por el desagüe en una carrera imparable. El ruido que emitía, en esos momentos, me parecía sedante. Algo así como el rugido que yo no me atrevía a dar para desmadejar mi desconcierto.

Mariolina no sabía ya qué hacer para ahogar su impaciencia. Seguía entrando y saliendo de la cocina, moviendo sillas, bebiendo deditos de vino, agobiándonos con sus suspiros y sus lamentos, y tomando como rehén la calma de la casa, la poca que nos quedaba, para aguantar hasta que su hermana regresara. Pero no pudo sujetarse más. Se puso entonces su elegante abrigo color beige y dijo que se bajaba a comprar tabaco. Fumaba como una empedernida. Pero siempre lo hacía de noche, después de la cena. No nos dio tiempo a sentir su ausencia porque había conseguido volver el ambiente plomizo. Difícil de respirar. Y, entre inhalación y expiración de ese aire, volvió a casa. Un portazo tímido nos lo anunció. A pasos cortos, cabizbaja y abatida se encerró en su habitación antes de confesarme que no había encontrado a Rosalía en la parada del autobús. Fue éste el motivo por el que había bajado a la calle.

Casa Ruglioni se quedó recogida por unos instantes. Cada una eligió una estancia distinta para atrincherarse durante la espera. Parecía que las distintas cargas que acumulamos nos impedían estar cerca para evitar una explosión. Yo estaba en el cuarto

de baño con los pantalones bajados cuando oí sonar el teléfono. A la primera señal ninguna nos movimos del sitio. Yo lo tenía francamente difícil. Creo que a ellas se les encogió el corazón como a mí porque, cuando escuchamos a Mariolina abalanzarse sobre el aparato después de la segunda señal, sentí los pasos de ellas trotando por el pasillo y deteniéndose para escuchar la conversación. También yo me detuve para escuchar, aunque mi tarea era más difícil de interrumpir.

- ¿Dígame? ¡Gianni! ¿Por qué me llamas? ¿Qué pasa? -gritó Mariolina, alterada, a su hermano menor.

- ¿Que dónde está Rosalía? ¿Por qué? ¡Gianniiii! -Y éste fue el grito desgarrador que me hizo salir del cuarto de baño subiéndome a toda prisa los pantalones.

Me apresuré hacia el recibidor, que era donde estaba el teléfono, para intentar saber qué estaba sucediendo. Entorno a Mario estaban Elisa, Rita y la Señora, diminuta pero erguida ante las circunstancias. Le pedíamos que se tranquilizara pero ella cada vez se ponía más nerviosa. Estaba desprendiéndose de toda la tensión acumulada durante esos años y esas últimas horas de espera e incertidumbre.

- ¡Gianni! -volvió a gritar- ¿Qué le ha pasado a Ros? ¡Dímelo! ¿Qué le ha pasado a Ros? -y clamó esto envuelta en convulsivos llantos y gritos que casi le hicieron desvanecer.

Su hermano Gianfranco le pidió calma pero le comunicó que Rosalía había desaparecido. Murmuró algo sobre unas cartas dejadas en casa de Pino y que éste había descubierto. Él mismo le daría más detalles porque la llamaría enseguida. Gianfranco estaba trabajando en Catania, en la isla de Sicilia, pero cogería el primer avión para venir a Florencia. Gianni también lloraba. Nosotras intentamos animar a Mariolina, que era un amasijo de nervios, intentando ponernos, como se suele hacer en estos casos, en lo mejor. Se tranquilizó entonces por un minuto, mientras nos contaba la conversación con su hermano pequeño. Pero de nuevo comenzó a gritar y a desvariar por la histeria.

- ¡Ay, Dios mío! ¿Qué ha hecho esta loca? -increpó con desgarro, tras lo cual, cayó inconsciente al suelo.

Poco me faltó para dejar que se golpeará la cabeza contra el pavimento, pues logré sujetársela al vuelo. No sucedió lo mismo con su cuerpo, extremadamente huesudo, que se precipitó contra las losas en una caída plomiza. Intentamos reanimarla a turnos y con los cachetes de rigor, aunque la intervención de Rita se asemejó más a una paliza. Propuse entonces reavivarla con un vaso de agua pero, Rita, entendida en remedios caseros, consideró mejor hacerle respirar los efluvios de la botella de vinagre. Mano de santo. Mariolina regresó a la consciencia poniéndose en pie de un salto y aturdida por las carcajadas que arrancó la infalible idea de mi compañera.

No dio tiempo a más comentarios. El teléfono no tardó en sonar de nuevo. Era Pino. Tenía una carta para ella, le dijo. La había escrito Rosalía. Había otras cuatro más: una para Gianni, otra dirigida a sus padres y Francesco, otra más para su amiga Antonella, y una más para Pino. Él ya había leído la suya. Un nudo en la garganta le impedía seguir hablando. Pino también lloraba pero, esta vez, eso tranquilizó a Mariolina. Terminaría de ponerla al corriente de la situación cuando viniera a casa Ruglioni, informó.

El tiempo, que en las últimas horas había puesto empeño en transcurrir lentamente, hizo un alto en el camino y se detuvo cansado en la habitación de las hermanas donde nos congregamos tras la llamada. Mariolina se detuvo a escuchar todas las hipótesis y elucubraciones que se nos escaparon de los labios para intentar descifrar las intenciones de Rosalía. Mi amiga era el fiel reflejo de la histeria convulsiva. Lloraba, reía, se agitaba, se encogía. Tenía el cuerpo plegado por el dolor y el rostro congestionado por las lágrimas, mal augurio para una historia que –repetía la Señora- estaba durando demasiado.

Insuficientes todos nuestros esfuerzos por aplacar la desesperación que la chica arrojaba con un quejido interminablemente agudo, como el de las plañideras, algo que siempre me había causado grima. Además, la voz de Mariolina era especialmente chirriante. Yo la abrazaba porque, desde el principio, habíamos entablado una buena amistad. Más bien, me capturó ella con sus profundos ojos azules y su ánimo vivaracho. Fue una grata sorpresa conocerla. Aunque exagerada en sus emociones, desbordaba vida y humor. Una impresión bien distinta a la que recibí cuando puse el pie en ese lugar.

Llegué a casa Ruglioni pasada la media noche, cansada, después de haber perdido un tren, mi carrito para fijar mis dos maletas en él, y sin fuerzas para levantar éstas ni un palmo más del suelo. Desde el andén de la estación de Roma al tren con destino Florencia, las había trasladado una a una a pulso. ¡Y pesaban un montón! Después, la misma operación a la inversa: del tren al andén, del andén hacia las escaleras de salida, de las escaleras a la puerta de la estación central, y desde allí hasta la parada de taxis. Primero una, después la otra. Primero una, luego la otra. En apresuradas carreritas, por si alguna de las maletas desaparecía en el ajetreo, un enorme dolor acabó infligiendo mis brazos. Y, además, me hacía pis. Pero sentía una tremenda sed de agua del grifo. Y es que, todas las botellas de agua que había comprado a lo largo de ese día tenían gas. Ignoraba que, en Italia, si no se conocen los términos adecuados, nunca se es lo suficientemente precavido para asegurarse agua sin burbujas. Incluso la mineral, en ocasiones, las tiene. Puesta a comentar esto, lo mejor es aprenderse la marca de un agua en concreto y pedirla, sin más, aunque... no es el momento ideal para dar estos consejos.

Con el pasar de los días, Mariolina me confesó que cuando me saludó en el recibidor junto a la Señora, que me pareció muy vieja y muy bruja, sabía que nos convertiríamos en buenas amigas. Y así resultó, aunque mi visión fue otra bien distinta. Fue espectral. Y es que, no se puede llegar a una ciudad desconocida, a media noche, con la luna llena, y ser recibida en una casa destartalada y macilenta por una octogenaria de pelo descolocado y polvoriento, ojos saltones, y saliva rezumando de su boca que, amable, pero tétricamente, te da la bienvenida junto a una chica en los puros huesos, bigudíes en el pelo y ataviada con un camión hasta los pies que, extendiendo su mano frágil y azulada, susurra mortecinamente “buenas noches” con una larga sonrisa. No se puede llegar confusa y con sueño a una casa extraña y encontrar tal visión sin considerar que sus espíritus, y todos los que en esa casa hubiera, penetrarían por el hueco de la cerradura de mi cuarto mientras dormía poseyéndome el alma. Era una suposición de rigor. Pero pensé entonces que, al fin y al cabo, la casa me la había recomendado Eva y yo tenía demasiado sueño para temer de una ancianita y de su joven secuaz.

Desde ese día, que ya me producía risa, había tenido mucho tiempo para conocer cuánto sufría y cuánto miedo tenía mi amiga. Miedo y pánico, algo que no paraba de repetir. Se me despedazaba el corazón viéndola derrotada sobre la cama de su habitación y clamando, con un minúsculo rosario enroscado a un dedo, a su patrona: Nuestra Señora

de Pompeia. Éste era su tercer nombre porque los italianos tienen un solo apellido pero un relicario de nombres. En concreto, mi amiga se llamaba Mariolina Acheropita Pompeia, para mí y para el resto de los italianos, un nombre tremendamente gracioso. Pompeia fue la famosa ciudad napolitana arrasada por el Vesubio, tantos siglos atrás, y conservada intacta por la lava con todos los detalles de su tragedia: niños escapando de las cenizas ardientes, una familia reunida en torno a una mesa, una pareja fornicando... Un manifiesto arquitectónico y humano de un pedazo de Historia que obliga a una de las visitas turísticas de rigor en este país. Vaya, otro consejo.

Mariolina recorrió todos los rostros reclamando palabras de sosiego, aunque en ese caso resultaba difícilísimo quitar trascendencia a los hechos sin meter la pata. La animábamos diciéndole que era pronto para aventurar la razón que había impulsado a Rosalía a redactar esas cartas. Eso nos lo desvelaría Pino cuando viniera. De todas formas, no estaba sola, añadimos a nuestros argumentos. Su hermano Gianni había anunciado que llegaría de Sicilia sobre las seis y media de la tarde, y también había previsto avisar a Francesco, el mayor, que vivía en Milán. Todos correrían a su lado, menos sus padres. De todo ello, Beppo y Sara no debían saber ni una palabra. De momento.

En el afán de poner lo mejor de nuestra parte, me llamó la atención el comportamiento de la Señora, que renunció a su ánimo de gendarme para ejercer de vehemente madre. Para mí se ganó entonces el tratamiento de *Signora* con mayúsculas, diferente al vocativo que, en Italia, se da a todas las mujeres con las que no hay lazos de parentesco directo. Incluso a la suegra se le llama Señora. Y si se olvida o se omite el tratamiento por excesivo, el novio o marido italiano o, peor, la misma *mamma* (ella, la *Signora*) quizá le ponga a uno en su lugar. ¡Imperdonable olvidar las distancias! Pero la anciana, a la que siempre había visto en su papel de viejecita despistada y cascarrabias, ignoró cualquier roce anterior y, tumbándose junto a Mariolina en la cama, cogió tiernamente su cabeza entre sus manos para arrullarla maternalmente en su regazo. Mientras le mesaba el cabello, le dijo unas cuantas verdades que ambas conocían por los nueve años de convivencia. Eficientemente logró tranquilizarla más de lo que conseguimos nosotras.

- ¡Ya sabía yo que esto tendría que suceder! Porque ella ha estado soportando la situación nada más que para que vuestros padres no le quitasen el sustento. Sólo porque quería estar con Pino. ¡Pero esto no puede ser! A unos padres no se les puede engañar durante tantos años así. Aunque se lo tienen merecido. Porque, chicas, ¡qué mente tras estrechas que tienen! ¡Siempre controlando todo! -decía indignada la Señora Ada mientras me miraba para hallar complicidad y continuar.

- Yo, claro, he callado todos estos años por Rosalía pero ¡no! A mí esto no me daba buena espina. Y ahora tú -dirigiéndose a Mario y creciéndose más- ¿vas a sufrir por ellos? No, no cielo. Ésa es su vida y la tienen que solucionar ellos. Tú no tienes culpa de nada. ¿Qué ibas a hacer tú? –continuó indulgente.

Mariolina se obstinaba en sentirse desdichada ante la posibilidad de que sus padres la culpasen por encubrir el noviazgo de su hermana. Temía que esto la hiciera perder para siempre el amor del que ya había estado alejada durante toda su vida. Por eso, cuando oyó de los labios de la Señora que sus padres no se podrían enfadar con ella porque no era culpable de nada, me pareció que Mariolina acababa de sentirse absuelta de su propia condena. Lo reveló su profunda mirada aguada y su cansina respiración. El veredicto exculpatario de la octogenaria tintineó meloso entre sus labios resecos. Era bálsamo lo que la Señora acabada de aplicar en sus oídos. A un metro escaso de ellas dos, palpamos el corazón de la vieja Señora Ruglioni resplandeciente de afecto. Y en ese momento, el portero automático anunció la llegada de Pino.

Mariolina me clavó sus enormes ojos azules pidiendo socorro. “¡Ayuda, ayuda!” era otra de las exclamaciones a las que recurría como un exorcismo. Era desconcertante verla tan abatida y al mismo tiempo aferrándose al hilo imaginario de una fuerza divina que confiaba la asistiera. Porque Mariolina era una devota fervorosa, aunque sólo de su *Madonna*. Acudí al ingreso para recibir a Pino que entró en la casa con la cabeza erguida, el ceño fruncido y una voz torpemente inquisitiva. Cruzó una mirada conciliadora con la Señora y nos saludó parcamente. Por un instante me sentí inexperta en la vida. No sabía cómo comportarme ante un hombre herido y desconsolado. Recibirle con una sonrisa me producía inseguridad y, por otra parte, no hacerlo me parecía no darle lo único que siempre pueden dar los amigos.

El guiño de Pino, sin embargo, me desembarazó de mis dudas. Tenía la capacidad de hacerme sentir cómoda a pesar de su mirada siempre ofuscada pero transigente. Una expresión de persona zarandeada por la vida y, por tanto, comprensiva. No hicieron falta las palabras. Todos en la casa estábamos afectados por el incidente y él lo sabía. Por vez primera vi cómo su ceño característicamente fruncido por un perenne mal sueño se endurecía aunque, ya sin fuerza, por el dolor. Le costó unos segundos no romper a llorar. En ese instante sentí un tremendo respeto por él. ¡Había sufrido tanto ya!

Con su pena encallada y barba de unos días se dirigió a la habitación de las hermanas. Volvió a saludar desde el umbral y estrechó a Mariolina entre sus brazos que, al no poder reprimir su ansiedad, rompió de nuevo a llorar. Pino tomó su cabeza entre sus manos firmes para calmarla, pero tampoco él pudo impedir algún sollozo. La hablaba cariñosamente en el dialecto que ambos sentían: el calabrés. Fue un espectáculo único observar al hombre que presumía ser de una pieza intercambiar palabras de consuelo y ánimo con “la loca de su cuñada”, como él decía. Sabía que un mínimo empujón suyo serviría para que su futura cuñada dejase a un lado su vertiente sensiblera y se engrandeciera mostrando la parte más fuerte de su carácter. Era como un desafío y un reto. Y Mariolina se dejó aplicar la terapia. Funcionó. Porque el mismo orgullo robusto y cabezonería que siempre les dividía, lograba también acercarles cuando se imponía la necesidad de la unión. Y es que, quien conoce las debilidades y virtudes del otro, ya tiene algo que compartir. Mientras pensaba entonces que les correspondía un poco de intimidad, Pino nos dijo:

- Por favor, ahora esto es una cuestión privada. Gracias.

Así, les dejamos solos y entramos en mi habitación, que era también la de Rita. Estábamos desconcertadas, meditabundas y desoladas. Nos mirábamos atónitas, gesticulábamos en vez de expresar con palabras lo que desconocíamos, y llegamos a pegar el oído a la pared de la contienda para dar un rumbo a nuestras sospechas.

-Estoy alucinada -me repetía a mí misma una y otra vez.

La *Bella Italia* se me había revelado como la Italia profunda del cine de Fellini, Rosellini... los grandes directores que mostraron un país con hombres que increpaban en

camiseta interior, mujeres pechugonas, situaciones inverosímiles, romances dantescos y niños que terminaban dando mucha pena. Más o menos esto, por resumir en un solo tópico todos los lugares comunes acumulados en mi memoria. En nada se parecía la sociedad de Florencia a la del Sur, la más retratada en las viejas películas, pero casa Ruglioni era un enclave meridional dentro de la capital toscana.

En la marea de opiniones que comenzamos a levantar, yo no me atreví a opinar más que sobre lo obvio, obstinada en no ser pájaro de mal agüero. ¿Qué era eso de las cartas? ¿Qué era lo que no se atrevía a decirles a la cara? Ya sabíamos que Rosalía había huido pero ¿para qué? El por qué ya lo teníamos. O lo presumíamos. Tenía miedo de enfrentarse a sus padres. Sin embargo, ¿por qué detener en ese momento la maquinaria de la confesión de su embuste? ¿Por qué desaparecer inquietando a todo el mundo? Las cinco cartas escritas no presagiaban nada bueno. Si se hubiera ido para pensar, ni Pino ni Mario estarían en ese estado. Irse de casa para pensar no correspondía al carácter de Rosalía pues era evidente que ella ya había meditado mucho. Siempre tenía todo previsto. Rosalía era calculadora y organizada como una hormiga. En eso coincidíamos todas. Entonces ¿para qué se había ido dejando a Mario y Pino en ese estado? ¿Dónde estaba Rosalía?